

pueblo a otro con algún pequeño recado o encargo.

—Cuando era niño les llevaba la comida a los labradores que estaban trabajando en los campos. Así empecé. Después, a lo largo de toda mi vida, he podido ser útil a personas de toda clase. Entre ellas ha habido gente humilde y sencilla, cómo no, muchísima, pero también algunos nobles señores, clérigos, agrimensores, cónsules, artistas, jueces, poetas, hombres ilustres y, a veces, hasta príncipes y reyes.

Los que le escuchaban no sabían aún si Raziel era alguien que disfrutaba contando embustes o si de verdad merecía respeto y atención.

—Algunas veces mi misión consistía en ir de un pueblo a otro, es cierto, pero también recorrí largas distancias, a lo largo y ancho de siete reinos, y soporté todas las inclemencias, y superé peligros y cansancios. He montado en cientos y cientos de caballos, he viajado en innumerables carruajes, y mis piernas me llevaron a un sinfín de lugares. Recorrí una y otra vez una gran can-

tidad rutas y caminos. Estuve muchas veces en los mismos sitios, aunque casi siempre me parecieron distintos. Y puedo decir que en la mayor parte de ocasiones conseguí vencer todas las dificultades y llegar a mi destino.

Raziel pensó entonces que quizá a los otros les había parecido que exageraba. Por eso, con la misma sinceridad, añadió:

—Y ahora, a pesar de todo, después de tantos viajes, con todo el tiempo que ha pasado, pienso a veces que en el fondo sigo siendo el mismo que de niño iba a llevarles la comida a los hombres que faenaban en el campo. El sentido esencial de mi trabajo me parece que no ha cambiado.

Aunque ellos no lo sabían aún, desde hacía un rato ya no estaban solos. Alguien había entrado, sin que se dieran cuenta, poco después de haberlo hecho Raziel.

Y lo más extraño era que se trataba, según todas las apariencias, de una mujer.

Se había situado sigilosamente al fondo, en una zona donde apenas alcanzaba el resplandor de la lumbre.

Los dos niños le ofrecieron una daga de plata. Cortó el cordel de oro y desgarró el envoltorio por un lado. Sus manos se movían con torpeza. Una parte de él estaba muy impaciente por saber cuál era la verdad a la que se había referido la dama, pero la otra casi no se atrevía a enfrentarse a ella.

El envoltorio, con sus lacres, cayó al suelo. En las manos le quedó el documento. Era un pergamino ya utilizado muchas veces. De los anteriores escritos, ya borrados, solo quedaban restos sobre los que destacaban las palabras de un estremecedor mensaje:

«En este lugar del que no se vuelve, hoy mismo, antes de la medianoche, terminará tu vida, Mensajero de los Siete Reinos.

Has llevado tu último mensaje. Esta vez era para ti.

Tu final está muy cerca. Pronto tus ojos ya no verán el mundo. Pronto tus pies ya no pisarán la tierra. Pronto el frío eterno llenará tu cuerpo».

